

Chiers; los segundos, que habían de recorrer un camino mucho más largo, cruzaron este último río y remontaron hacia el Norte á fin de destacar sus avanzadas hasta cerca de la frontera belga. Estos prusianos de la Guardia, que llegaron muy tarde á sus acantonamientos, habían de instalar el grueso de su cuerpo, en parte en Pouru-Saint-Remy y en Escombres, y en parte en Messincourt y en Sachy, con lo cual quedaría cerrada la carretera de Montmedy. Tal había de ser la etapa del IV.º cuerpo. En cuanto al príncipe real, desde las tres de la mañana había organizado la marcha de sus columnas: los bávaros, con su I.º cuerpo, llegarían á Remilly y con su II.º á Raucourt; el VI.º cuerpo quedaría de reserva; y el XI.º cuerpo y los wurtembergueses se dirigirían los unos á Donchery y los otros á Bourtancourt, amenazando también la carretera de Mezieres, al mismo tiempo que el príncipe de Sajonia impediría toda retirada hacia el Este. El V.º cuerpo, que se había quedado algo atrás, haría alto en Chemery.

IV

Todo lo que en el enemigo era seguridad y confianza, transformábase en Mac-Mahón en motivos de ansiedad: sólo una cosa le sostenía, las ilusiones que aún conservaba, pues no quería convencerse de que la victoria le fuese infiel hasta el final ni de que Dios hubiese abandonado á la Francia. La retirada á Mezieres había sido objeto de todas sus preferencias y no cabe duda de que en ella tenía puestos sus pensamientos cuando todo lo demás era sólo quimera ó desastre; y sin embargo, en aquella jornada del 31 de agosto había de reprender á Ducrot por haber seguido sus planes y orientado su cuerpo de ejército en aquella dirección: hasta tal punto llegaba en aquella alma disciplinada la superstición de la obediencia. Abrumado moral y físicamente, el desdichado mariscal pedía gracia y un poco de reposo. Esperaba pasivamente; pero ¿qué esperaba? A él mismo le habría sido difícil decirlo. Confiaba en que la fortuna le ayudaría dos días, uno siquiera, que él aprovecharía para dar un descanso á sus tropas, reorganizarlas y abastecerlas; después ya se vería lo que había de hacerse.

El recinto de Sedán era demasiado pequeño para contener todas las masas que á él afluan. Por la mañana, el 5.º cuerpo, apelotonándose junto á la fortaleza, se instaló en el *Vieux-Camp*; el 7.º, procurándose mayor espacio, aunque no el suficiente, subió á la colina de la *Argelia*, en tanto que el 12.º se detenía en Bazeilles; las tropas de Ducrot hallábanse aún en camino. Por la ciudad vagaban gran número de soldados sueltos, extraviados más ó menos voluntarios, que iban en busca de víveres, de aguardiente, de una cama, de un jergón, y ora asediaban las posadas, ora recurriendo á la intimidación ó á la piedad obtenían un albergue en las casas particulares, pagando la hospitalidad con algún relato hermoso de las últimas batallas. Muchos de ellos, después de haberse desatado en conceptos fogosos y en acusaciones, se escondían prudentemente, y algunos para no volver á presentarse.

A eso de las nueve recibió Mac-Mahón un subordinado á quien no esperaba: era el general de Wimpffen que, llegado recientemente de Argelia, y de París la vis-

pera, llevaba una orden ministerial que le confería el mando del 5.º cuerpo. El mariscal acogió muy fríamente al recién venido, con quien había tenido algunos altercados en Africa; además le disgustaba aquella ingerencia de Palikao. Por otra parte, cualquiera que fuese la insuficiencia de Faily, un cambio en aquellos momentos tan críticos más había de ocasionar confusión que reportar ventajas. Wimpffen se fué en busca de sus tropas, y encontrando al mismo á quien iba á reemplazar, le comunicó que debía resignar el mando en favor suyo. En el entretanto, Mac-Mahón, en un billete escrito á toda prisa, notificaba á Faily su desgracia, le expresaba el pesar que por ello sentía y le aseguraba que lo había ignorado todo. El mariscal, al confesar su ignorancia, no sabía cuánta verdad decía: si Wimpffen hubiese sido sincero, no sólo habría publicado su dignidad presente, sino que además habría revelado el papel eventual que la confianza de Palikao acababa de encomendarle; en efecto, era portador no de una letra de servicio, sino de dos, y la segunda, mucho más importante que la primera, le confería el mando supremo en caso de inhabilitación del mariscal. Pero Wimpffen mantuvo secreto su ascenso condicional, como se hace con un pliego sellado que se guarda uno de abrir antes de tiempo. Así se preparaba la crisis que al día siguiente había de sumar á todos nuestros otros infortunios la desdicha de una disputa sobre el mando.

Lo más urgente era penetrar los planes y apreciar los progresos del enemigo. Mac-Mahón, después de haber despedido á Wimpffen, subió á la ciudadela: eran las nueve y media, y la niebla, muy espesa á primera hora, se había disipado por completo; desde lo alto de las murallas nada se distinguía hacia el Norte ni hacia el Nordeste, pero en cambio extendíase la vista libremente sobre las colinas que se alzaban junto al Mosa, desde Remilly á la *Croix-Piot*. En aquellas alturas se divisaba la artillería prusiana, y detrás una nube de polvo denunciaba la presencia de grandes columnas en marcha (1). A juzgar por la dirección general, parecía que el enemigo quisiera cortar nuestras comunicaciones hacia el Oeste.

Esta observación no dejaba de ser alarmante, y de confirmarse, no había que perder un instante para llegar á Mezieres. Para evitar, para retardar cuando menos el movimiento envolvente, el mariscal mandó destruir el puente de Donchery, y una vez dada esta orden, no dudó de que sería ejecutada. En aquel momento, una noticia muy grave convirtió en casi certidumbre lo que hasta entonces sólo era verosimilitud.

Se recordará que el gobierno había decretado la formación de un 13.º cuerpo á las órdenes del general Vinoy; éste había llegado en la noche del 30 al 31 á Mezieres con una de sus divisiones y su misión había de consistir en hostilizar el flanco izquierdo del III.º ejército. Pues bien, aquella misma mañana Vinoy había enviado á Sedán, por ferrocarril, á uno de sus ayudantes, el capitán Sesmaisons, con la doble misión de ponerse en relaciones con Mac-Mahón y de llevar al ejército de Chalóns un destacamento de zuavos; y aquel viaje, ya de sí importante, lo fué aún más por lo que el

(1) *Enquête parlementaire sur le 4 Septembre*, declaración de Mac-Mahón, pág. 37.

mensajero observó por el camino. Muy cerca de Donchery, el tren había sido atacado por el fuego de una batería prusiana apostada en uno de los cerros inmediatos, y además, cuando se aproximaba á la estación, el oficial había visto en las alturas de Wadelincourt una comunicación recientemente abierto y que seguramente no conocían los prusianos. Aquel camino doblaba la inflexión del Mosa, pasaba cerca de Vrine-au-Bois, y siguiendo á larga distancia la orilla derecha del río, llegaba á Mezieres por las alturas; por allí emprendería el



El general Vinoy

fuerte columna que, al parecer, se dirigía á Mezieres ó á Donchery.

Tales eran las noticias recientes que á eso de las diez llevó á Sedán el capitán Sesmaisons, quien vió primeramente no á Mac-Mahón, á quien no pudo alcanzar, sino al emperador. Aquellos informes, que ponían de manifiesto los propósitos del enemigo, demostraban la urgencia de una retirada inmediata hacia el Oeste. El emperador se inclinaba visiblemente á esta resolución, pero al mismo tiempo que aceptaba el único partido prudente, descansaba en una confianza inoportuna, pues parecía creer que podría disponerse de uno ó dos días de tregua; y poniendo el dedo en el mapa, señaló, como si hubiese hecho un descubrimiento, un camino de gran

ejército la marcha al día siguiente, y el mismo emperador marcó con lápiz el trazado de la ruta. Después de lo cual, bondadoso como siempre, el soberano recomendó mucho al oficial que utilizase aquella vía para su regreso, y habiendo ordenado que le dieran uno de los caballos del estado mayor, se despidió de él.

El capitán, al salir de la audiencia imperial, consiguió ver á Mac-Mahón, que todavía estaba en la ciudadela. Los datos que traía confirmaban, concretándolas, las propias observaciones del mariscal; pero, ofuscado por un resto de optimismo, el comandante en jefe estaba convencido, como el emperador, de que la partida no urgía tanto y de que conservaría la libertad de sus evoluciones en la orilla derecha del Mosa. En aquel mo-

mento llegó un despacho puesto en París á las nueve y cuarenta minutos; en él Palikao, que no se explicaba el movimiento sobre Sedán, combatía nuevamente y con mayor energía que nunca todo proyecto de retirada: «Vuestra marcha hacia atrás, añadía, ha causado profunda emoción (1).» ¡Cuán perturbadoras eran esas reprensiones para un espíritu de suyo irresoluto y acostumbrado á la obediencia! El ayudante de Vinoy no se había despedido aún cuando se presentó Douay, entablándose entre los dos jefes una conversación en la que discutieron la eventualidad no de una retirada, sino de una batalla.

Partió el capitán Sesmaisons por el camino que el emperador se había tomado el trabajo de trazar; pero desgraciadamente los prusianos conocían aquella vía y al día siguiente habían de utilizarla en contra nuestra. También algunos de los nuestros habían logrado descubrirla y ya se iba llenando de restos de unidades; así el mensajero se cruzó con un destacamento de quinientos ó seiscientos hombres del 3.º de línea que se habían puesto á las órdenes de un oficial pagador; más adelante tropezó con una batería de artillería que había perdido una de sus piezas; y en Vrigne-au-Bois encontró veinte ó veinticinco carros de bagajes escoltados por gendarmes, pues sus conductores se habían detenido en la taberna (2). Toda aquella gente se encaminaba en reuvelta confusión hacia la única salida que no ocupaba aún el enemigo, y á cada recodo, á cada bifurcación preguntaba á los aldeanos si era aquel realmente el camino de Mezieres: así se manifestaba el instinto de salvación y también el instinto del miedo. Pero el movimiento que, dirigido por un jefe resuelto, habría sido una retirada estratégica, era para todos aquellos elementos sueltos un éxodo desordenado: la fuga había comenzado aun antes de que se librara la batalla.

Cuando se alejaba el capitán Sesmaisons, oyóse nuevamente el cañoneo, pero esta vez por el Sudeste: eran los bávaros que intentaban una demostración hacia Bazeilles.

A las ocho de la mañana habían éstos emprendido la marcha hacia Remilly, y después de ocupar esta aldea, habían desplegado su artillería en las colinas que se alzaban junto á la orilla izquierda del Mosa. Sin embargo, tres kilómetros más abajo, enfrente de las praderas que se extendían hacia Bazeilles, había un puente construido para el servicio del ferrocarril que ponía en comunicación las dos márgenes del río, y cuando los bávaros avanzaban, recibieron aviso de que los franceses preparaban barriles de pólvora para volar uno de los arcos. Como aquel puente era precisamente uno de los pasos que habían de permitir rebasar al ejército de Mac-Mahón, el enemigo acercóse sin pérdida de momento, dispersó á los zapadores, vació los toneles de pólvora y, siguiendo la vía férrea, se instaló en los terraplenes de la orilla derecha, después de lo cual varios destacamentos se dirigieron á Bazeilles y aun llegaron á penetrar en el pueblo; pero en esto presentóse nuestra infantería de marina que expulsó de allí á los agresores, los rechazó lejos de las casas y les obligó á retroceder hasta el Mosa. Sin embargo, el adversario, aunque rechazado,

conservó en su poder las cercanías del puente. El ruido de este combate era el que se oía en Sedán á eso de mediodía. La lucha, terminada en la aldea y en los prados, se prolongó con el cañoneo de las baterías que, situadas en lo alto de las colinas de la orilla izquierda, arrojaron sus proyectiles sobre Bazeilles originando algunos incendios. Después el fuego fué perdiendo en intensidad y al fin cesó por completo.

En Sedán todo eran decepciones: el ejército se había replegado en aquella plaza para abastecerse, y Mac-Mahón, que creía encontrar en ella un millón de raciones de toda clase, había mandado que se distribuyeran á los soldados víveres para cuatro días; pero cuando se habían repartido doscientas mil raciones, avisóse al mariscal que las provisiones se agotaban. Grande fué la alarma que esta noticia produjo, y se creyó que había en ello un error, pero después de practicada una información fué preciso rendirse á la evidencia: realmente había habido en Sedán el número de raciones que se decía; pero la mayor parte de ellas, llegadas el día antes, estaban todavía cargadas en los vagones, y el jefe de estación, al oír los primeros cañonazos, se había atolondrado y sin aviso ni orden de nadie había enviado todo el tren á Mezieres (3).

Aquellos sitios, desastrosos para combatir en ellos, no habían de ser buenos siquiera para vivir; era, pues, urgente abandonarlos, y una vez fuera del alcance del enemigo, el ejército se proveería, á todo evento, de lo que le faltaba. Mac-Mahón estaba persuadido de que la gran corriente del Mosa le protegería y, confiado en esta esperanza, creía poder disponer del tiempo necesario; pero en aquella ocasión se cometió uno de los mayores errores de aquellas famosas jornadas, cual fué el de dejar, por una increíble mezcla de incuria y de fatalidad, intactos los puentes por donde el enemigo había de llegar hasta nosotros.

Para interceptar todos los caminos del Este, los alemanes, después de haber pasado el Mosa por los puentes, ya conquistados, de Mouzón y Remilly, habían de pasar el Chiers por el puente de Douzy; pues bien, las divisiones Wolff y Lheriller, que por la mañana, cumpliendo la orden de Mac-Mahón, habían partido de Douzy para Sedán, habíanse olvidado, antes de marcharse, de volar el puente, de modo que el adversario, encontrando el camino libre, podría dirigirse sin obstáculo hacia Francheval y Villers-Cernay. Para cerrarnos toda salida por el Sudeste, los bávaros habían de ocupar el puente de Bazeilles; y ya hemos visto cómo evitaron su destrucción. Finalmente, para cortarnos la carretera de Mezieres y dominar todos nuestros movimientos hacia el Oeste, los soldados del príncipe real debían pasar el puente de Donchery. Mac-Mahón, según hemos dicho, había mandado que se volara este puente y al efecto acababa de salir de Sedán un tren con zapadores, pólvora y herramientas; pero entonces se puso completamente de manifiesto aquella perturbación agitada que hacía perder la serenidad. Efectivamente, los zapadores bajaron cerca de la estación de Donchery y en seguida el tren, sin esperar nada, partió á toda velocidad hacia Mezieres, llevándose la pólvora, las he-

(1) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 431.

(2) Vinoy, *Opérations du 13.º corps*, págs. 38-40.

(3) *Enquête parlementaire*, declaración de Mac-Mahón, página 37.

rramientas, los accesorios, en una palabra, todo lo que se necesitaba para verificar aquella operación.

El enemigo ganaba por momentos terreno sobre nosotros. Mientras los bávaros del I.º cuerpo estaban en Remilly y delante de Bazeilles, los del II.º llegaban á Raucourt; á la derecha, la Guardia, terminando su larga etapa, remontaba hacia el Norte; á la izquierda, la vanguardia del XI.º cuerpo descendía de las alturas que dominan Fresnois y llegaba delante de Donchery, viendo con alegre sorpresa que el puente estaba intacto. Entonces construyóse otro puente no lejos de allí, cerca de una posada llamada de Condé, y sin tardanza se puso fuera de servicio la vía férrea. A la extrema izquierda, la división wurtemberguesa, dejando atrás Bourtancourt, cruzaba, cerca de Flize, algunos tiros con varios destacamentos salidos de Mezieres. Detrás del XI.º cuerpo, el V.º, prolongando su marcha, detenía su vanguardia en Chehery. Únicamente el VI.º cuerpo permanecía muy al Sur y se extendía aún entre Attigny y Semuy.

Los aldeanos huían despavoridos; los más avisados se dirigían al Oeste, hacia Mezieres; otros se encaminaban á Sedán, creyendo todavía en la eficacia de las antiguas murallas. En cambio, los habitantes de la ciudad, menos confiados en su fortaleza, buscaban en gran número asilo en Bélgica. En el entretanto, los jefes de cuerpo y el mismo cuartel general recibían mensajes alarmantes: el más concreto de éstos procedía de un antiguo militar que vivía en uno de los pueblos vecinos, y anunciaba que los alemanes se disponían á pasar el Mosa por Donchery, añadiendo que había allí todo un ejército (1).

A las cinco y media de la tarde, el mariscal celebró una especie de consejo de guerra. Como el sitio en que estaba instalado el 7.º cuerpo era demasiado vasto para su efectivo, decidióse que al día siguiente se pondría á la disposición del general Douay una de las brigadas del 5.º, la brigada Maussion; asimismo se ordenó que se hiciera volar inmediatamente el puente de Bazeilles, pero la presencia de los bávaros dificultaba ya la ejecución de esta orden. Parecía, sin embargo, que el conjunto de estas circunstancias debiera haber exigido otras resoluciones: la marcha de los prusianos, su llegada á Donchery, su intención de pasar el Mosa por aquel punto, todo denunciaba el movimiento envolvente; y únicamente la ocupación de las alturas situadas al Norte y al Sur de Saint-Menge, es decir, del *Parc-Labrosse* y del *Champ-de-la-Grange*, habría atenuado el peligro permitiéndonos dominar el desfiladero de la Falizette y por consiguiente ser dueños de la carretera de Mezieres por Vrigne-au-Bois. Pero nada de esto ordenó el mariscal, quien, como todos los espíritus irresolutos, perdía las horas como si esperara que el azar resolviera por él. Por la tarde había estado inspeccionando las fortificaciones de Sedán más bien como comandante de plaza que vigila los detalles, que como jefe sobre quien pesan las responsabilidades de la gran guerra. Posteriormente Mac-Mahón había de confesar, con una sinceridad un tanto ingenua, sus perplejidades, dejando escapar, á propósito de la tarde del 31 de agosto, la siguiente decla-

ración: «En aquel momento ignoraba todavía por qué lado efectuaría al día siguiente mi retirada (2).»

Declinaba la tarde cuando se leyó en los campamentos una proclama redactada por el emperador; pero más habría valido callar, porque en aquel documento no había ningún entusiasmo, ni ninguno de aquellos artificios con que Napoleón disimulara hasta entonces la vaciedad de sus planes. El tono en que estaba redactado era el de un lamento azorado y aun los mismos estímulos resultaban tan melancólicos que todavía aumentaban la consternación. Los soldados no hicieron el menor caso de aquella arenga; su gran preocupación consistía en reunir algunos víveres y sobre todo en asegurar su sueño, así es que en cuanto comenzó á anochecer se acurrucaron en sus tiendas, casi en los mismos sitios en donde se habían detenido por la mañana.

El 12.º cuerpo tenía una de sus divisiones, la de infantería de marina, repartida entre Bazeilles y Balán; las otras dos, menos una brigada, estaban escalonadas en las colinas que se alzaban al Sur de la Moncelle. El grueso del 5.º habíase situado en el *Vieux-Camp* y en las pendientes que dominaban la ciudad y el *fond de Givonne*. El 7.º ocupaba la meseta situada al Norte de Sedán, pero no hasta las posiciones avanzadas cuya posesión era de importancia capital: la división Liebert estaba encima de Floing, la división Dumont delante del bosque de la Garenne, y la división Conseil-Dumesnil, que tanto había sufrido la víspera, permanecía de reserva; de modo que ni el calvario ni el *Champ-de-la-Grange* estaban ocupados. El 1.º cuerpo, que no se completó hasta muy tarde, acampó en las colinas que se alzaban perpendicularmente sobre el Givonne, es decir, encima de Givonne, de Haybes y de Daigny, poniéndose en contacto cerca de esta última aldea con el 12.º cuerpo. Los coraceros del general Bonnemains estaban junto á Floing y los cazadores del general Margueritte en las inmediaciones de Illy.

Distribuido de esta suerte, el ejército hacía frente al Sudeste con Lebrun, al Este con Ducrot y al Oeste con Douay. La posición sólo en apariencia era sólida, pues si bien nuestros soldados ocupaban varias alturas, éstas, en cambio, se hallaban dominadas por otras más elevadas; además, aunque las tropas hacían frente por todos lados, menos por el de la frontera belga, en realidad no tenían fuerza suficiente en ninguna parte. Pero el mayor peligro estribaba en que ya el enemigo se había percatado de nuestras debilidades: apolotonados alrededor de Sedán, ocupábamos el centro de una circunferencia, cuyo círculo se apercebían los alemanes á guarnecer por entero.

Ya casi nos tocaban: al Sur, los bávaros eran dueños del puente del ferrocarril; al Oeste, los pontoneros del XI.º cuerpo, posesionados de Donchery, acababan de perfeccionar, en las últimas claridades del día, los medios de paso que, unidos al puente de piedra, permitirían remontar la orilla derecha del Mosa; y al Este, la Guardia, dejando muy atrás á los sajones, lanzaba sus avanzadas hasta los linderos del bosque de las Ardenas, para avanzar al día siguiente hasta el alto Givonne y consumir de esta suerte el movimiento envolvente. En

(1) Bibesco, *Belfort, Reims, Sedán*, pág. 127.—Véase también Wimpffen, *Sedán*, pág. 145.

(2) *Enquête parlementaire*, declaración de Mac-Mahón, página 38.

el entretanto, muy lejos, en el extremo Norte, una línea de luces rasgaba la obscuridad de los bosques: era el cordón de las tropas belgas escalonadas á lo largo de la frontera que cumplían su deber de neutrales con un celo aguijoneado por el temor, pues aquella lucha tan próxima entre dos vecinos tan poderosos no dejaba de emocionarlos y de hacerlas temblar por la suerte de su patria.

En medio de su firme confianza en la victoria, abrigaba Moltke una aprensión, la de que durante la noche nos retirásemos hacia el Oeste, y con ansiedad contaba las últimas horas de que podríamos disponer para escaparnos. A las siete y cuarenta y cinco envió al general Blumenthal, jefe de Estado mayor del III.º cuerpo, un despacho en el que aludía á un movimiento retrógrado favorecido por la obscuridad: «Tal vez, añadía, se corre el riesgo de ver escapar un resultado decisivo (1).» A fin de impedir todo aquello que pudiera menguar la importancia de la victoria, el príncipe real envió á los wurtembergueses y á los prusianos del XI.º cuerpo la orden de apresurar su partida, mandándoles que abandonaran sus campamentos los unos á las dos y media y los otros á las tres de la madrugada. Después de haber adoptado estas medidas, Moltke esperó en su cuartel general de Vendresse, resuelto á no mostrarse enteramente tranquilo ni enteramente satisfecho hasta que al amanecer viera á sus enemigos inmóviles en sus posiciones.

Dios no había de permitir que nos aprovecháramos de aquel momento supremo. Con la noche cesaron todos los rumores, y en la obscuridad que apenas rasgaban los fuegos de nuestros vivaques, no se distinguió más que una infinidad de pequeñas tiendas en donde los soldados dormían un sueño que para muchos había de preceder de poco al reposo eterno. Sólo en las alturas que se elevaban sobre el Givonne prolongóse el ruido mucho tiempo: allí acampaba el I.º cuerpo que hasta las diez de la noche no vió llegar los últimos destacamentos de las divisiones Pellé y Lartigue. Los soldados se dejaron caer extenuados de fatiga y también de hambre, pues en algunos regimientos, particularmente en los de la división Lartigue, no se habían hecho distribuciones de víveres (2). Entretanto, el temor, un temor persistente, tenía despiertos á muchos sobre quienes había de pesar una parte de las próximas responsabilidades: los más preocupados eran Douay y sobre todo Ducrot. Douay se asustaba al considerar la vasta meseta que tenía que defender y contemplaba con terror las posiciones avanzadas que no podía proteger, y á eso de las diez, habiéndole comunicado el general de ingenieros Doutrelaine sus temores, le replicó: «Creo que estamos perdidos; no nos queda más recurso que portarnos lo mejor posible antes de sucumbir.» Más alarmado aún estaba Ducrot y menos dispuesto á abandonarse pasivamente al destino: por la mañana había insistido en el plan de la retirada sobre Mezieres y aun había, por su propio impulso, iniciado su ejecución; y cuando las órdenes terminantes del mariscal le habían obligado á dirigirse al Givonne, había obedecido con hondo pesar. Más tarde había enviado á Mac-Mahón su

(1) *Correspondance militaire de M. de Moltke*, tomo I, páginas 339-340.

(2) *Journal des marches du 1.º corps d'armée*, por el comandante Corbin.

jefe de Estado mayor, el coronel Robert, y se había desesperado al ver que no le daban sino instrucciones frívolas, lacónicas, insuficientes para poder guiarse por ellas. Gran parte de la noche la pasó inclinado sobre sus mapas, interrumpiendo su examen con explosiones de cólera, expresando sus terrores con crudeza enteramente soldadesca y enviando noramala á todos los que le hablaban de éxito ó de victoria; hasta que al fin, pudiendo más el cansancio que la angustia, tendióse junto á una hoguera del vivaque en medio de los zuavos de su antigua división. Allí esperó que amaneciera el día en que debía decidirse la suerte de Francia.

V

De todos los cuerpos, el 12.º era el que se hallaba más cerca del enemigo. Aunque la noche transcurría tranquilamente, Lebrun estaba ansioso, no sólo por la proximidad del adversario, sino además porque comprendía que el Mosa no era un obstáculo desde el momento en que permanecía intacto el puente del ferrocarril. Había ordenado que el descanso durase hasta las cinco; pero á las cuatro no pudo contenerse y mandó á un corneta que tocara diana. El toque fué repetido por todos los regimientos, y desde la aldea de Bazeilles hasta las colinas que dominan el bajo Givonne, en un instante estuvieron en pie los soldados. Ninguna claridad rasgaba todavía las tinieblas, y en las praderas flotaban vapores blancos, casi opacos, que se adherían á los sauces y á los álamos y subían arrastrándose hasta la base de las colinas. Los soldados comenzaron á moverse, molidos aún como sucede siempre después de un descanso que sigue á una larga fatiga, se llamaban unos á otros en la obscuridad y pateaban para entrar en calor. De pronto, en el extremo Sudeste de Bazeilles y por la parte de los prados que se extendían hacia el Mosa sonó un violento tiroteo: eran los bávaros que atacaban.

Para la ejecución del plan general envolvente, convenía que una diversión entretuviera á los franceses al Sur de su línea, pues mientras quedaría de esta suerte inmovilizada una gran parte de sus fuerzas, las dos grandes fracciones del ejército alemán, extendiéndose simultáneamente al Este y al Oeste, interceptarían todos los caminos, después de lo cual se juntarían en el extremo Norte, cerrarían el círculo é impedirían hasta el acceso al territorio belga. A los bávaros del I.º cuerpo había sido encomendada la tarea de retenernos por aquel lado, y su comandante en jefe, el general Von der Tann, había enviado á las tres de la madrugada dos columnas hacia el Mosa: la primera, compuesta de una porción de la 1.ª brigada, había pasado el río por un puente de barcas construído en Aillicourt; la segunda, formada con tres batallones tomados de la 2.ª brigada y mandada por el mayor Sauer, había utilizado el puente viaducto del ferrocarril. De las dos columnas, la segunda, que era la que debía recorrer una distancia más corta, había seguido silenciosamente el terraplén de la vía férrea y luego se había metido en los prados, y aunque éstos no ofrecían el menor abrigo, la obscuridad protegía la marcha de las tropas. A las cuatro y media la primera línea llegó á las inmediaciones de Bazeilles; en aquel momento habían sonado los tiros que acababan de dar la señal del combate.

Von der Tann esperaba una victoria fácil; pero debía encontrar un doble obstáculo en la naturaleza del terreno y en el vigor de nuestros soldados.

Bazeilles, en donde los bávaros habían de acumular en aquella jornada tantas ruinas y de dejar tantos muertos, era una aldea grande, muy á propósito para la defensa: sus calles estrechas, hoy convertidas en vías más anchas, habían de ser peligrosísimas para quienquiera que en ellas se aventurara, y casi todas desembocaban en la carretera de Sedán á Carigné que atravesaba la población de Nordeste á Sudeste y á cuyos lados se levantaban sólidas casas que fácilmente podían transformarse en fortalezas. Al Nordeste del pueblo, el gran parque del castillo de Monvillers ofrecía abundantes espesuras, matorrales y grupos de árboles que eran otros tantos abrigos preciosos para los tiradores. Cerca del sitio en donde el camino de Daigny empalmaba con la carretera (1), había una porción de construcciones macizas, desde las cuales se podría contener y rechazar á los asaltantes, y en el mismo punto de intersección una quinta, rodeada de un gran jardín y denominada quinta Beurmann, dominaba las dos carreteras.

A la circunstancia de ser los lugares favorables para la defensa uníase la de ser los defensores hombres resueltos: eran los valientes soldados de infantería de marina que el día antes habían rechazado, á través de los prados, á los bávaros hasta el puente, y por la noche, en previsión de un ataque, habían levantado barricadas en muchas calles y abierto aspilleras en los muros de cerca de las inmediaciones del pueblo. En la misma Bazeilles estaba la brigada Martin des Pallieres, y procedente de Balán había de acudir allí la brigada Reboul; más tarde se unirían á los soldados muchos valerosos habitantes dispuestos á correr todos los riesgos para defender sus hogares.

Al principio la lucha se desarrolló en la obscuridad y los asaltantes buscaban como á tientas el camino; pero no tardó el horizonte en teñirse con las primeras claridades que disiparon un poco la niebla y permitieron que los golpes fuesen más seguros. De aproche en aproche consiguieron los bávaros subir hasta el Norte de la aldea, mas cuando quisieron atacar la quinta Beurmann, un fuego terrible les obligó á pararse en seco, quedando todos sus oficiales fuera de combate; y un ataque intentado por el lado de los jardines no produjo sino grandes pérdidas. Nuestros infantes ocuparon las casas que los asaltantes habían dejado atrás y que creían haber conquistado. La energía de la resistencia, el desconocimiento de los lugares y la poca claridad, todo desconcertaba á nuestros enemigos, cuyos cazadores y fusileros, agitándose en revuelta confusión, no obedecían á ninguna dirección de conjunto y en vez de avanzar á duras penas lograban no perder el terreno ganado.

En el entretanto, la 1.ª brigada había acabado de pasar por el puente de barcas de Aillicourt. Un batallón se dirige á la estación de Bazeilles y luego el grueso de la brigada se encamina á la aldea, sabiendo unos hacia el parque de Monvillers, con la esperanza de rebasar á los franceses, y penetrando los demás en las calles. Pero los primeros invasores, los que han pasado el puente viaducto, no pueden ya proseguir su resistencia: al

(1) Véase el mapa intercalado en la pág. 390.

Oeste del pueblo, uno de los destacamentos del mayor Sauer, bloqueado en una de las casas más avanzadas, se ve obligado á rendir las armas; varias compañías, acentuando su retirada, abandonan la aldea y se reorganizan detrás de la valla del ferrocarril, y otras se defienden penosamente en la calle principal, se parapetan tras dos grandes construcciones de piedra y tratan de atrincherarse en ellas.

Los bávaros, procedentes de Aillicourt, que habían llegado esperando completar una victoria, apenas si ha-



El general Von der Tann

bían de lograr contrabalancear las probabilidades. En la plaza del Mercado, en las inmediaciones de la iglesia, se libran una serie de combates indecisos; pero donde el combate se prolonga con mayor intensidad es junto á la quinta Beurmann. Los habitantes de Bazeilles, los hombres y hasta las mujeres, sienten el contagio de la lucha y comienzan á mezclarse con los soldados. En esto, los alemanes reciben refuerzos: los bávaros de la II.ª división acuden desde Remilly; y al Sudeste, las vanguardias sajonas avanzan hacia la Moncelle. El general Lebrun, por su parte, solicita la ayuda del I.º cuerpo, y una de las brigadas, la brigada Cartret-Trecourt, dirígese apresuradamente á Balán. El sol acababa de disipar las nieblas del Mosa y se anunciaba un día espléndido; pero aquella mayor claridad había de sernos funesta, porque hasta entonces la espesa bruma había paralizado la temible artillería alemana. En efecto, desde los cerros que dominan el Pont-Maugis y Aillicourt las baterías bávaras lanzan sus proyectiles, y al mismo tiempo una batería sajona se sitúa en la orilla izquierda del Givonne y empieza á cañonear el parque